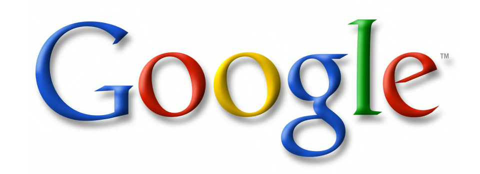
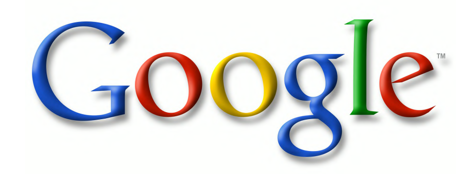
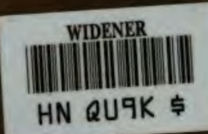





WIDENER
HN QU9K $


VE RI
TAS

INSPIRACIONES

POESÍAS SELECTAS

DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

Baladas y Ecos nacionales. | Elegías y Cantares.
Armonías y Odas. | Idilios humorísticos y Sátiras.

MADRID:
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1866

INSPIRACIONES.



1866

Ventura Ruiz Aguilera

INSPIRACIONES

POESIAS SELECTAS

DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

MADRID:
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, núm. 3.
1865

Cediendo á las instancias de varios amigos mios que desean ver reunidas en un solo volúmen todas mis obras poéticas publicadas en diversos tamaños, doy á luz en el presente algunas, ya que otra cosa no pueda ser, por razones que han sabido apreciar en lo que valen, siendo una de ellas la falta de tiempo y de salud para corregir las que aquí no se incluyen, con la calma

y meditacion que el respeto al público debe exigir, con especialidad á los que vivimos de su benevolencia más que del propio mérito, y no queremos hacerle la ofensa de considerarlo insensible á los brutales procedimientos de la literatura industrial. El arte, convertido en oficio mecánico, es una prostitucion de la conciencia, cuando no un delito que el tribunal del buen gusto condena con fallo inapelable.

Las poesías que este libro comprende, y que presento corregidas, tienen ya á su favor la indulgente consagracion del juicio del país, lo cual disminuye un tanto mis escrúpulos. En las ediciones que de

ellas se han hecho, he explicado su razon de ser, sin perjuicio de que más adelante agregue á las que allí se expresan las consideraciones que el estudio me ha sugerido posteriormente sobre muchos puntos de crítica. Pero los IDILIOS HUMORÍSTICOS no están coleccionados, y obedeciendo á mi costumbre de siempre, debo decir siquiera dos palabras acerca del género á que corresponden.

El humorismo, segun yo lo entiendo, es la más alta realizacion estética de las distintas manifestaciones con que aparece lo cómico en la escena de la vida.

Así considerado, no hay situa-

cion, ni áun la más terrible, que, en virtud del dualismo y del contraste que en la naturaleza íntima de las cosas existen, deje de relacionarse, en mayor ó menor escala, con esta elevada concepcion de la fantasía.

Excluirlo, pues, de la literatura, valdria tanto como trazar al genio poético un círculo de hierro que impidiera su desarrollo en las múltiples y variadas esferas de su actividad creadora.

Pero la palabra *humorismo*, que de poco tiempo acá ha tomado carta de naturaleza entre nosotros, ¿significa, por ventura, la presencia de un factor esencial y desconocido en

el arte?... Yo respondo negativamente. Dicha palabra es, sin disputa, un neologismo. Elevada á ciencia la estética, y clasificados los géneros literarios con arreglo á un lenguaje, á una nomenclatura nueva tambien, era preciso de todo punto crear un nombre que, bajo un sèntido general, abarcase las infinitas oposiciones que reinan entre el ideal subjetivo del artista y la realidad objetiva en que vive; oposiciones de que son ecos perdurables la terrible carcajada de Quevedo, la misantropía desconsoladora de Leopardi, los gritos amargos y desgarradores de Espronceda y de Byron, la benévola y simpática sonrisa de

Cervántes y de Richter, y la melancólica y delicada ironía de Heine.

Así, pues, el humorismo existia ántes que la palabra con que hoy se conoce: lo que, si no es nuevo en él, se ha modificado, es la forma, hoy más templada, más cortés, más urbana que ántes, como que tiene que amoldarse á un estado social tambien más culto.

Pero lo que esencialmente distingue de los otros géneros al humorístico, es su expresion constante de la realidad de la vida; realidad que en épocas en que han prevalecido ciertas escuelas, se vió desdeñosamente proscrita de la literatura. Creíase que lo natural, lo sencillo

y lo verdadero era indigno del arte, y què el valor de una obra consistia precisamente en las opuestas condiciones.

Tal fué el pseudo-clasicismo. Todo personaje de teatro tenía que hablar de una manera tan erudita, enfática y ampulosa, que hasta el simple criado de aquellas heladas y soporíferas tragedias hubiera podido habérselas con cualquier académico; las zagalillas y los zagalones reventaban de discretos en la lírica melosa y en la novela insustancial de entónces, á tal punto, que hoy la mayor parte de aquellos séres desventurados nos parecen caricaturas.

Nuestro siglo, práctico y positivo

en exceso quizá, se paga poco de invenciones puramente fantásticas; y áun en la verdadera, en la gran poesía (que es la lírica, en mi pobre opinion), quiere ver encarnadas ideas, afectos y pasiones humanas. ¿Con cuánta más razon no buscará esto mismo en el género humorístico, tan afin con la realidad, que á veces en algunas de sus formas apénas se diferencia de la prosa más que en el ritmo, en la estructura musical del verso?

Incompleta sería la literatura de un pueblo, en una época dada, si no respondiese al espíritu en ella dominante, si no retratára (aunque huyendo de la imitacion servil) las di-

ferentes fases que la caracterizan y le dan fisonomía propia. Oigo exclamar con frecuencia: «Tal autor no me gusta, porque carece de invencion, porque no dice nada que no vea uno por ahí á cada paso, hasta en el seno de la familia.» Sin duda que el poeta que *remeda* las más prosaicas trivialidades de la vida, se ha formado una idea bien miserable del destino y de la mision del arte, que debe concentrar en una representacion sintética y sobria de accesorios los rasgos sobresalientes de un carácter, de una situacion, de un acontecimiento; pero ¿qué puede objetarse á la vida abreviada y al mundo cómico de El

LAZARILLO DE TÓRMES, de RINCONETE Y CORTADILLO y de EL GRAN TACAÑO, cuyos personajes están tomados de la realidad, y de una realidad bien comun y bien humilde, como toma el escultor el mármol de una cantera para animarlo con el soplo divino de su genio?

El realismo que yo rechazo con toda mi alma es ese otro realismo, ya frívolo é insustancial, ya escéptico y cínico, ya, en fin, terrorífico hasta la ridiculez, de que nos dan triste y doloroso ejemplo todas las épocas literarias; ese realismo despojado de toda belleza, siendo la creacion de la belleza, como lo es, el fin supremo, si no el único, del

arte. El arte es casto, y porque lo es, no necesita cubrir con velo alguno sus Vénus, para que los que las contemplen no se ruboricen; al contrario, la Vénus tallada por un cincel grosero, siempre será una imágen sensual é impúdica, de la que deben apartarse *los ojos con horror y el estómago con asco.*

Una palabra y concluyo.

Entendida, segun la he explicado, la realidad, confieso que en las poesías á que se refieren estas líneas (como en todas las que han de componer la coleccion á que pertenecen, y á que he dado el nombre de LA ARCADIA MODERNA) soy realista decidido. Carecerán acaso de valor

estético, si bien los elogios que se les tributaron cuando por primera vez fueron conocidas debieran tranquilizarme sobre el particular; pero la intencion sana que las ha inspirado no podria negarse sin cometer una injusticia notoria, y al ménos tendrán esta belleza, pues la moral, lo mismo que la virtud, es tambien una belleza.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

BALADAS

Y

ECOS NACIONALES.

RONCESVALLES.

I.

—Cuéntame una historia, abuela.
—Siglos há que, con gran saña,
por esa negra montaña
asomó un Emperador.
Era francés, y el vestido
formaba un hermoso juego;
capa de color de fuego
y plumas de azul color.
—¿Y qué pedia?
—La corona de Leon.

Bernardo, el del Carpio, un dia
con la gente que traia,
«¡ven por ella!» le gritó...
De entónces suena en los valles
y dicen los montañeses:
—*¡Mala la hubísteis, franceses,*
en esa de Roncesvalles!

II.

—¿Se acabó la historia, abuela?
—Allí, con fiera arrogancia,
los *Doce Pares* de Francia
tambien estaban, tambien.
Eran altos como cedros,
valientes como leones,
cabalgaban en bridones,
águilas en el correr.
—Sigue contando.
—Salió el mozo leonés.

Bernardo salió, y luchando,
á todos los fué matando,
y hubiera matado á cien.
De entónces suena en los valles
y dicen los montañeses:
—*¡Mala la hubísteis, franceses,*
en esa de Roncesvalles!

III.

—¡Me place la historia, abuela!
—¡Con qué ejército, Dios mio,
de tan grande poderío
llegó Carlo-Magno acá!
¡Cuántos soldados!... No tiene
más gotas un arroyuelo,
ni más estrellas el cielo,
ni más arenas la mar.
—¿Y qué? ¿triunfaron?
—Dios no los quiso ayudar.

El alma les arrancaron,
á sus piés los derribaron
como al roble el huracan.
De entónces suena en los valles
Y dicen los montañeses:
—*¡Mala la hubísteis, franceses,*
en esa de Roncesvalles!

IV.

—Sigue con la historia, abuela.
—Diz que dice un viejo archivo
que no quedó francés vivo
despues de la horrenda lid.
Y así debió ser, pues vieron,
al sol de estos horizontes,
muchos huesos en los montes
y muchos buitres venir.
—¡Qué gran batalla!
—No fué ménos el botin.

Banderas, cotas de malla,
y riquezas y vitualla
se recogieron sin fin.
De entónces suena en los valles
y dicen los montañeses:
—*¡Mala la hubísteis, franceses,*
en esa de Roncesvalles!

V.

—¿Y el Emperador, abuela?
—Huyó sin un hombre luego,
la capa color de fuego
rota, y sin plumaje azul.
Bernardo, el del Carpio, torna
á Castilla, tras la guerra,
y al poner el pié en su tierra
lo aclama la multitud.
—¡Qué de alegrías!
—En verlas gozáras tú.

Hubo fiestas muchos dias,
tamboriles, chirimías
y canciones á Jesús.
De entónces suena en los valles
y dicen los montañeses:
—*¡Mala la hubísteis, franceses,*
en esa de Roncesvalles!

1847.

LA GAITA GALLEGA.

Á MANUEL MURGUIA.

I.

Cuando la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no sé lo que me sucede,
que el llanto á mis ojos brota.
Ver me figuro á Galicia,
bella, pensativa y sola,
como amada sin su amado,
como reina sin corona.
Y aunque alegre danza entone,
y dance la turba loca,

la voz del grave instrumento
suéname tan melancólica,
á mi alma revela tantas
desdichas, penas tan hondas,
que no sé deciros
si canta ó si llora.

II.

Recuérdame aquellos cielos,
y aquellas dulces auroras,
y aquellas verdes campiñas,
y el arrullo de sus tórtolas,
y aquellos lagos, y aquellas
montañas que al cielo tocan,
todas llenas de perfumes,
vestidas de flores todas,
donde Dios abre su mano
y sus tesoros agota.
Mas ¡ay! como me recuerda

tambien que hay allí quien dobla,
en medio de la abundancia,
al hambre la frente torva,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

III.

Suena, y cruzan por mi espíritu,
puras, risueñas y hermosas,
las sombras de los cien puertos
de que Galicia es señora.
Y lentamente pasando,
como ciudades que flotan,
van sus cien naves soberbias
al ronco són de las olas.
Mas ¡ay! como en ellas veo
alejarse de la costa
sus tiernos hijos desnudos,
que miran tristes á Europa,

pidiendo su pan amargo
á la América remota,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

IV.

¡Pobre Galicia!... tus hijos
huyen de tí, ó te los roban,
llenando de íntima pena
tus entrañas amorosas.
Y como á párias malditos,
y como á tribus de ilotas
que llevasen en el rostro
sello de infamia y deshonra,
¡ay! la Patria los olvida,
la Patria los abandona,
y la miseria y la muerte
en su hogar desierto moran.
Por eso, auque en són de fiesta

la gaita gallega se oiga,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

V.

¡Espera, Galicia, espera!
lleva la cruz que te agobia,
regando con sangre y lágrimas
esa via dolorosa.
¡Tendrás sed!... ¡Hiel y vinagre
te darán con mano pródiga,
y, con corona de espinas,
cetro de caña por mofa!
Pero los tiempos se acercan;
y cuando suene tu hora,
feliz subirás y grande
á la cumbre de la gloria.
Hoy si la gaita gallega
el pobre gaitero toca,
no acierto á deciros
si canta ó si llora.

1860.

POR LA PATRIA.

I.

—¿Adónde vas, hijo mio,
que así dejas la cabaña?
—Voy, madre, á salvar á España,
como bueno á pelear.
—¿A mis lágrimas no atiendes?
¿No sientes mis manos yertas?
—Al dintel de nuestras puertas
ya los franceses están.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la Patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

II.

—¡Esposo, tus hijos lloran!
—Basta de duelos prolijos;
quiero que aprendan mis hijos
á morir por la Nacion.
—¡No tienen pan!—Con la sangre
de las venas enemigas
brotarán flores y espigas
los campos del labrador.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la Patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

III.

—¡Huérfanos, padre, quedamos!
—La sangre de MAYO clama,

y todo el pueblo se inflama
al grito de libertad!
—¡Te van á quitar la vida!
—Siempre por la Patria es tarde,
y no se sufre á un cobarde
en esta nacion leal.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la Patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

IV.

—¿Veis allá léjos, muy léjos,
donde acaba el horizonte,
entre el ramaje del monte
cien puntos de fuego arder?...
Pues allí nuestros soldados,
sin más lecho que la nieve,
miéntras llueve, miéntras llueve,
pasar la noche se ven.

—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la Patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

V.

—Mañana por el angosto
vecino desfiladero,
el ejército extranjero
pasará para Madrid.
Mañana sobre su frente
desplomarán nuestros brazos,
de la montaña pedazos,
que lo sepulten allí.
—¡Guárdete Dios!
¡Corre á morir por la Patria!
—¡Adios!
—¡Adios!

1847.

LA VUELTA
DEL VOLUNTARIO.

I.

Partióse Juan á la guerra
con pecho firme y sereno,
y combatió como bueno,
y herido tornó á su tierra.
Ya cerca de su destino,
decir oyó á un campesino:
—Los sables de los franceses
han arrancado tus mieses,
¡pobre Juan!
—¿Y están en la villa, están?
—De echarlos España acaba,

á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
y de júbilo lloraba.

II.

Rayando apénas la aurora
en el pálido horizonte,
en la espesura del monte
halló Juan á una pastora.
Ella le dijo: —No sigas,
pues las tropas enemigas
al compas de sus cantares
han quemado tus hogares,
¡pobre Juan!
—¿Y están en la villa, están?
—De echarlos España acaba,
á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
y de júbilo lloraba.

III.

A la puerta de la villa
encontró á su hermano ciego,
y una lágrima de fuego
le rodó por la mejilla.
—¡Sin ojos tú, hermano mio!
—Por amparar con mi brío
á tus hijos, sin fortuna,
degollados en la cuna,
¡pobre Juan!
—¿Y los franceses, están?
—De echarlos España acaba,
á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
y de júbilo lloraba.

IV.

Cuando vino el nuevo dia
se fué Juan de puerta en puerta,

y en la que encontraba abierta
una limosna pedia.
Y los niños y los viejos,
que escuchaban los consejos
y las glorias del valiente,
repetian tristemente:
—¡Pobre Juan!
Y él decia: —Ya no están,
de echarlos España acaba,
á su tierra van marchando...
Y Juan iba andando... andando...
y de júbilo lloraba.

V.

Postrado por los dolores,
Juan esperaba la muerte,
y dolidos de su suerte,
así hablaban dos pastores:
—¡Qué de vueltas da este mundo!
¡Ayer bueno!... ¡hoy moribundo!

—Hoy la miseria le humilla,
y era envidiado en la villa;
¡pobre Juan!
—Mas ya... en la villa... no... es... tán!
Y Juan, que esto murmuraba
en el lecho agonizando,
se iba acabando... acabando...
y áun de júbilo lloraba.

1847.

LA HOSPITALIDAD.

AL SEÑOR DON ÁLVARO GIL SANZ.

I.

Miéntras la lluvia de la noche fría
los arroyos aumenta, ya crecidos,
y el recio vendabal con saña impía
llena el bosque de lúgubres gemidos,
á descansar entremos en la choza
cuya luz viva hasta nosotros llega;
allí del pobre la familia goza
la paz que Dios á los malvados niega.

II.

Entremos, y verás la abuela hilando
al amor de la lumbre deseada,
consejas y oraciones murmurando,
de sus hijos y nietos rodeada;
y el perro fiel, constante compañero,
y el gato cazador, que con él juega;
¡cuadro que anuncia, puro y verdadero,
la paz que Dios á los malvados niega!

III.

Si queremos cenar, no suntuoso
banquete preparado por el arte,
que con zozobra gusta el poderoso,
bajo ese techo irán á presentarte;
mas sí doradas migas que corona
rico tasajo, y que el amor entrega;
rústico es el festin, mas lo sazona
la paz que Dios á los malvados niega.

IV.

La lluvia, que cual rauda catarata
de las lóbregas nubes se desprende,
maldice el cortesano, en voz ingrata,
si su estéril placer nubla y suspende.
El labrador, hincada la rodilla,
porque los campos bañe al cielo ruega;
pues más en tiempo de abundancia brilla
la paz que Dios á los malvados niega.

V.

Entremos, y verás cómo reciben
al huésped en su asilo hospitalario,
y cuál en contentarlo se desviven
con amable interés y modo vario.
Quién el agua le sirve, quién el vino
del campo que en sudor fecundo riega;
y en todos ve el cansado peregrino
la paz que Dios á los malvados niega.

VI.

Su cama ceden, cual su amigo techo,
á los que llegan con la noche oscura;
ellos no han menester más blando lecho
que el que puede prestar la tierra dura;
y como en ellos la inquietud no anida
con que el culpable hasta en el sueño brega,
protege el suyo y la mansion querida
la paz que Dios á los malvados niega.

1852.

EL CORCEL DE BATALLA.

I.

Dice un húsar, azuzando
á su corcel de batalla:
—Ya el rumor de la metralla
zumba en la revuelta lid.
Ya de gozo te estremeces,
de sed de sangre estás ciego,
y blanca espuma de fuego
te brota en la ancha nariz.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Á ellos!... ¡Viva la Nacion!

II.

¡Soberbia estampa es la tuya!
mirándome voy en ella,
como se mira una bella
en una fuente, al pasar.
¡Camarada, eres buen mozo!
tu crin es limpia y suave
como las plumas de un ave
que se ha bañado en el mar.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Á ellos!... ¡Viva la Nacion!

III.

La nieve hiela tu pecho,
por eso, á lo que presumo,
respiras pólvora y humo

que incendian tu corazon.
Y es música que te inflama
con su infernal armonía,
la voz de la artillería
que sale de aquel peñon.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Á ellos!... ¡Viva la Nacion!

IV.

Hoy se mancha tu vestido;
mas, vive Dios, que mañana
te he de poner el de grana,
si entramos en la ciudad.
Pasarémos por sus calles,
y se parará la gente
á mirar tu continente
marchando con majestad.

¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Á ellos!... ¡Viva la Nacion!

V.

Alas llevas en los cascos;
por eso en la lid deshecha
vamos los dos como flecha
que dispara un cazador.
Yo matando con mi lanza
en botes rudos y ciertos,
y tú pisando los muertos
por este campo de horror.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Á ellos!... ¡Viva la Nacion!

VI.

Ayer nos sirvió de techo
la inmensidad del espacio;
hoy tendrémos un palacio,
y una cama en que dormir.
Compañero, ¡á escape!... ¡á escape!
que, entre una lluvia de balas,
colgando van las escalas
del muro, para subir.
¿Sientes mi espuela?
¡Á escape... á escape, bridon!
¡Oh, cómo vuela!
¡Á ellos!... ¡Triunfó la Nacion!

1846.

CUADRO DE GUERRA.

I.

Ya de la batalla
cesan los clamores,
y espirar al léjos
débilmente se oyen.
Triste luna sube
por el horizonte,
pálidas estrellas
lucen esta noche.
Sordo gime el rio,
gimen aura y bosque,
y es gemido el canto

de los ruiseñores;
cual si más sensibles
fuesen que los hombres,
piedras y elementos,
pájaros y flores;
como si estuviesen
publicando acordes
cuantos séres sustenta la tierra:
«*¡Bendita la paz! ¡Maldita la guerra!*»

II.

¡Cielos!... ¡Es un niño
el que de la luna
rayo moribundo
á mis piés alumbra!
¡Niño... y al combate
vino ya! ¡Ley dura!
¡Apénas podia
con la lanza ruda!

¡Madre... no le esperes!...
Negro luto busca,
reza por el alma
del que fué alma tuya.
¡Aun lo llamas!... ¿Cuándo,
tras de horrenda lucha,
no quedaron siempre
huérfanos y viudas?
Otra prenda amada
meces en la cuna,
que tu apoyo ha de ser en la tierra,
si dura la paz, si acaba la guerra.

III.

Verde y fresco soto,
valle florecido,
ántes apacible
retirado asilo;
ya las avecillas

huyen de estos sitios,
muchas con el tierno
corazon herido.
  Púrpura es la fuente
que era cristal limpio,
sangre á las espigas
sirve de rocío.
¡Ay! al dar más tarde
pan á nuestros hijos,
—Hijos (les dirémos
tristes al partirlo),
nunca sangre humana
riegue más los trigos;
que es el pan de la próvida tierra
sabroso en la paz, amargo en la guerra.

1854.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

I.

El viento del norte frio
por afuera brama ronco;
echa en el fuego ese tronco,
nos dará luz y calor.
Y al són del chisporroteo
de la leña que se abrasa,
celebrarémos en casa
el Nacimiento de Dios.
¡Eh! ¡tú! cuida de la cena.
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

II.

¡Cómo tirita la abuela!
dando está diente con diente:
¡véngase al hogar caliente,
anciana!... arrímese bien.
¡Eh! ¡muchacha!... las castañas
se queman... ¡hay más enojos!
¿No se duerme?... abre los ojos
y da vuelta á la sarten.
¡Echa vino... el vaso llena!
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

III.

¿Decis que os cuente la vida
del Rey de tierras y cielos?

Acercaos, rapazuelos;
y el áspero rum, rum, rum
cese ya de las zambombas,
y el tán, tán de los tambores,
y el cantar de los cantores,
y ¡atencion!... y haya quietud.
¡Sólo tu ronquido suena!
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

IV.

Há ya siglos, muchos siglos,
que en humilde establo inmundo
nació el Redentor del mundo,
y con él la Libertad.
Pobre, como hijo del pueblo,
no tuvo mantillas reales,
sino míseros pañales
que le dió la Caridad.

¡Tengo sed! el vaso llena.
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

V.

Despues, con dulces palabras,
predicó á la muchedumbre
la igualdad, la mansedumbre,
el trabajo y el amor.
Mas como con su elocuencia
al infierno destruia,
sobre el Hijo de María
el infierno se lanzó.
¡Por vida de!... ¡Magdalena!
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

VI.

Á su voz el viejo mundo,
socavado por mal lento,
bamboleó en su cimiento,
amenazando caer.
Por eso los que vivian
en la maldad, se juntaron,
y la muerte decretaron
de Jesus de Nazareth.
¡Aun es poco! ¡el vaso llena!
—¿Á la cama no hemos de ir?
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

VII.

Triste cruzar le vió el pueblo
la calle de la Amargura,

y luégo en árida altura
enclavado en una cruz.
En ella, como otros justos,
al fin murió entre ladrones...
pero en ella las naciones
ven de su gloria la luz.
¡Celébralo tú, morena!
—Ya el sueño se quiere ir.
—*Esta noche es Noche Buena*
y no es noche de dormir.

1850.

EL TRIBUTO DE SANGRE.

AL GENERAL D. JUAN VAN-HALEN.

I.

«¡Dicen que la ley lo manda,
y te arrancan de mis brazos!
Con el alma hecha pedazos
partir allá te veré.
¡Anda, y calla, y obedece
esa ley que Dios maldijo,
que roba á la madre el hijo
y el báculo á la vejez!

Hijo mio, ¿volverás?...
Que á su tierra
pocos vuelven,
y á la guerra
muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

II.

¿Quién labrará nuestro huerto,
que es encanto de mis ojos?
Mañana tristes abrojos
bañará del sol la luz.
El pan faltará á tu madre,
que, al sonar las oraciones,
no oirá las dulces canciones
que tan bien cantabas tú.
Hijo mio, ¿volverás?...
Que á su tierra
pocos vuelven,

y á la guerra
muchos van...
¡*Tú vas á la guerra*, *Juan!*

III.

Mira quién viene del valle,
ella... que iba á ser tu esposa;
ni más gallarda es la rosa,
ni más hermoso es el sol.
Al léjos tus compañeros
trabajan con alegría...
¡Y tú pierdes en un dia
madre, amistades y amor!
Hijo mio, ¿volverás?
Que á su tierra
pocos vuelven,
y á la guerra
muchos van...
¡*Tú vas á la guerra*, *Juan!*

IV.

Mira, reza por las noches
á la Vírgen del Rosario,
al pié de este escapulario
que *ella* me dió para tí.
Ponlo despues sobre el pecho,
y, al marchar con firme planta,
su imágen bendita y santa
será tu escudo en la lid.
Hijo mio, ¿volverás?
Que á su tierra
pocos vuelven,
y á la guerra
muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

V.

Zagal mio, ¿por qué lloras?....
¿Es por ver que tus hermanos

levantan las tiernas manos
amparo pidiendo á Dios?
Así la tórtola gime,
cuando con vuelo torcido
la roba del pobre nido
algun gavilan traidor.
Hijo mio, ¿volverás?
Que á su tierra
pocos vuelven,
y á la guerra
muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

VI.

¡Quién sabe...! Acaso mañana
el azar de una pelea
te arroje á incendiar tu aldea,
la que te ha visto nacer.
Y... ¡ay! á la voz de tu jefe,

voz tremenda, inexorable,
no perdonará tu sable
ni á tus hermanos, tal vez.
Hijo mio, ¿volverás?
Que á su tierra
pocos vuelven,
y á la guerra
muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

VII.

¡Adios, prenda de mis ojos!
véte en la flor de tu vida
á la guerra aborrecida,
que así lo manda la ley.
Hambre, fatiga y miseria
te aguardan... ¡pobre soldado!
pero la ley lo ha mandado...
¡Confúndala Dios, *amén!*

¡Adios!... ¡Ya no volverás!
Que á su tierra
pocos vuelven,
y á la guerra
muchos van...
¡Tú vas á la guerra, Juan!

1847.

LA PROSTITUCION.

I.

—Buen pastor, ¿has visto á mi hija?...
Tiene por nombre Rosalba,
su color es el del alba,
de paloma su mirar.
Há dos años que la busco,
dos que abandonó mi choza,
y el alma se me destroza,
y no hago más que llorar.
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Por aquí há tiempo ha pasado,

y la miraba un soldado
como á la alondra el halcon.
—¡*Si he de encontrarla perdida...*
llévemela Dios!

II.

—Soldado, si tienes padres,
Dime, ¿dónde encontraria
la prenda del alma mia
que robaste de su hogar?
Era mi apoyo en la tierra,
ídolo de mi cariño,
inocente como un niño
que áun no ha comenzado á hablar.
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Huyó de mí la traidora,
y mi capitan ahora

manda en ella cual señor.
—*¡Ay! ¡Rosalba está perdida!...*
¡Llévemela Dios!

III.

—Capitan, si por ventura
hay en tu pecho un latido,
respóndeme, pues, ¿qué ha sido
de Rosalba, capitan?
Ya sé, ya sé que en tus brazos,
instrumentos de venganza,
murió ahogada mi esperanza,
¡ay! ¡y áun lo quiero dudar!...
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Era su pecho ambicioso,
y huyó con un poderoso
á quien fácil se vendió.
—*¡Ay! ¡Para siempre perdida!*
¡Llévemela Dios!

IV.

—Gran señor, ¿dónde está aquella,
cuya virtud y decoro
compraste tú á peso de oro,
con apetito brutal?
¡No me oyes!... porque comprendas
mis hondas penas prolijas,
¡ojalá compre á tus hijas
otro magnate, ojalá!
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Yo la compré, no lo niego,
mas á cien se vendió luégo,
y en un hospital entró.
—*¡Ay! ¡Para siempre perdida!...*
¡Llévemela Dios!

V.

—¡Muerta!... me dicen que ha muerto
llamándome en són doliente!...

Aun está el lecho caliente...
es que acaba de espirar.
Aquí espiró abandonada,
perdiendo en lento desmayo
las frescas rosas de Mayo
que besé en su tierna edad.
¿Sabes dónde está?
—En la ciudad.
Id, corred á la capilla,
la veréis á la amarilla
luz trémula de un farol.
—*¡Angeles reciban su alma,*
de una madre á la oracion!

1853.

CORRESPONDENCIA
DEL MORO.

RECUERDO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.

I.

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando...?
—Lloro,
porque Pepe se ha ido al moro.
—¿Y por eso llora usté?
—Por él temo, no por mí;
si preciso fuese un dia,
mujer y todo, yo iría...
¡Lloro... porque una es así!

Lloro, porque él es mi amor,
porque mi encanto él ha sido;
y lloro... ¡al fin, lo he parido
con lágrimas y dolor!
—«Madre,—al venir del taller,
resuelto anoche me dijo:—
al moro se va tu hijo;
un abrazo... y á más ver!»
Y sola aquí me dejó!
—Por eso la Patria grita:
«*Bendito él sea, y bendita*
«*la madre que lo parió.*»

II.

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Está usté llorando?
—Lloro.
—¿Escribe Pepe del moro?
—De Valencia: lea usté.
—«Madre, me voy á embarcar;

»el cielo está convidando;
»conforme vamos marchando
»caminito de la mar,
»de balcones y ventanas
»colgadas de mil colores,
»ramos nos echan de flores
»las muchachas valencianas.
»Y entre cien *vivas* y cien
»(¡qué entusiasmo! ¡si lo vieras!),
»bendice nuestras banderas
»el Arzobispo tambien.»
—¡Ya estoy más contenta yo!
—Por eso la Patria grita:
«*¡Bendito él sea, y bendita*
»*la madre que lo parió!*»

III.

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—Llora?
—De alegría lloro,

por lo que dice del moro.
—Pues ¿qué dice...?
—Lea usté.
—«Madre, ya es nuestro el Serrallo;
»unos moros van, cual perros
»con maza, trepando cerros,
»y otros á uña de caballo.
»Un hijo de Belcebú
»me ha rebanado una oreja,
»mas le costó la pelleja:
»¡ya lo ves! yo bueno... ¿y tú?
»No te aflijas, voto á San...!
»¡Ah! le dirás á Petrona
»que he de comprarle una mona,
»cuando entremos en Tetuan.»
—¡Ya sangre el pobre vertió!
—Por eso la Patria grita:
«*¡Bendito él sea, y bendita*
»*la madre que lo parió!*»

IV.

—¡Vecina!
—Señor José!
—¿Está usté llorando...?
—Lloro.
—¿Escribe Pepe del moro?
—Sí, vecino; lea usté.
—«Hoy veinticinco: ¡Victoria!
»otra vez triunfante brilla
»la bandera de Castilla,
»cual sol hermoso de gloria.
»Mas un *Padre Nuestro* reza
»por los bravos que han caido,
»y no temas que en olvido
»eche España su grandeza.
»Digna de envidia es su suerte,
»que á llevárselos del suelo
»bajan ángeles del cielo,
»y vida eterna es su muerte.»

—Por ellos rezaré yo.
—Y España por ellos grita:
« *¡ Benditos sean, bendita*
» *la madre que los parió!* »

V.

—¡Vecina!
—¡Señor José!
—¿Llora?
—De contento lloro.
—¿Escribe Pepe del moro?
—Sí, vecino; lea usté.
—«Noviembre, treinta: la vil
» morisma quiso más broma,
» y hoy á cenar con Mahoma
» hemos despachado mil.
» ¡Gran julepe á la canalla
» le ha dado mi regimiento...!
» ¡Madre... me han hecho sargento
» sobre el campo de batalla!

»Y al nombrarme el general
»de un padre con el cariño,
»le vi llorar como un niño;
»pues ¿y yo?... tal para cual.»
—¡Ah! ¡ya soy dichosa yo!
—Y España, al premiarlo, grita:
«*¡Bendito él sea, y bendita*
»*la madre que lo parió!*»

VI.

Ya sólo el señor José
ve en la viuda triste lloro,
pues ya no escribe del moro,
Pepe, que al moro se fué.
Pasa un dia y otro dia;
la pobre madre no vive;
siempre escribe que te escribe...
pero carta no venía.

Vencimos en Castillejos;
en premio de nuestro afan
sus puertas abre Tetuan,
y el enemigo huye léjos.
Mas, aunque acaba la guerra
y gloria la Patria adquiere,
¡ay! volverá el que volviere
de aquella enemiga tierra.
Por eso el vate cantó,
y España, por eso, grita:
—«*¡Benditos sean, bendita*
»*la madre que los parió!*»

VII.

Con todo Madrid cantando,
los héroes de Africa, ya
por la calle de Alcalá
van pasando... van pasando...

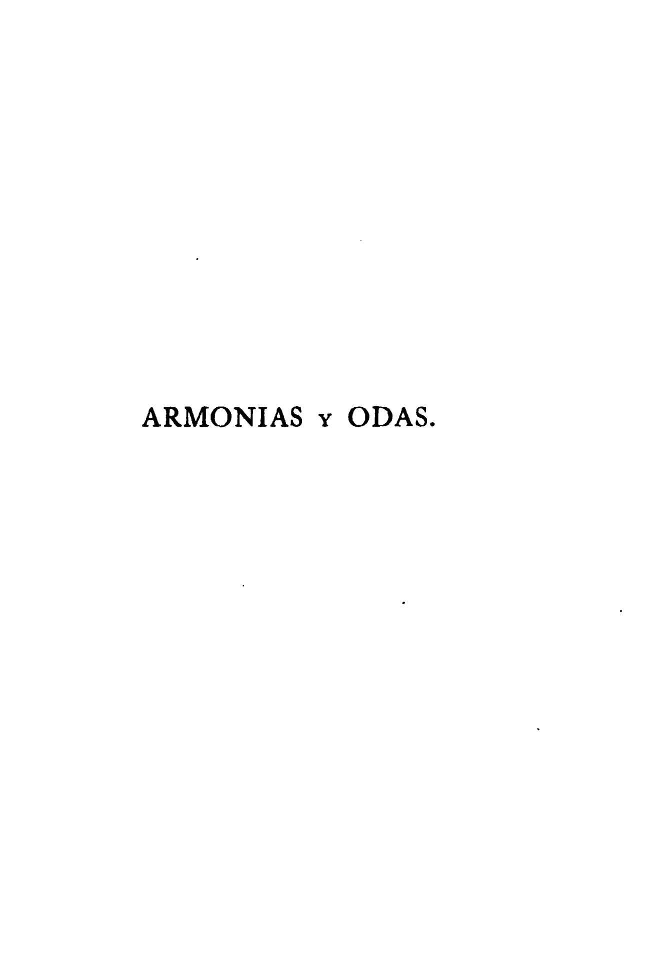
Pasan á cientos, á miles,
y muchachas como amores,
coronas cuelgan de flores
en banderas y fusiles.

Y se cansa de contar,
loca de pena, la viuda,
inmóvil, pálida y muda,
viéndolos pasar... pasar...

Cuando... «¿No es él, ó te engañas?...»
dice, y casi desfallece,
dando un grito que parece
que sale de las entrañas.

Y era Pepe, y lo abrazó,
y, al verlos, alguno grita:
—»*¡Bendito él sea, bendita*
»*la madre que lo parió!*»

1860.



ARMONIAS y ODAS.

CUADRO DE FAMILIA.

Hasta mi puerta llega
del mundo loco la ambicion impía;
mas no vence ni ciega
con su engañoso halago el alma mia,
y pasa como nube de verano
que se deshace en viento y ruido vano.

¡Atras, soberbia ruda!
¡Atras, envidia! y en tu flaco seno
ceba la garra aguda
que, en hiel teñida, ensangrentó el ajeno;
¡huye, afan codicioso! ¡rencor... pasa!
¡No quiere tales huéspedes mi casa!

Pobre soy como el ave
que en estéril peñon cuelga su nido;
mas nunca al peso grave
del hado adverso gemiré abatido,
pues sabio el cielo, al par de mi pobreza,
dióme, para sufrirla, fortaleza.

¡Ay, triste! ¡Ay, sin ventura
del que intenta domar la suerte esquiva!
que ni la noche oscura,
ni la llama del sol fecunda y viva,
le traerán el contento regalado
que al hombre ni envidioso ni envidiado.

Del ocio el torpe sueño
el extenuado sibarita duerma,
ó frunza el torvo ceño
y maldiga el trabajo su alma enferma;
ignora que no hay pan más excelente
que el que riega el sudor de nuestra frente.

¡Gloria al trabajo! *¡Hosanna!*
Él es la cruz que al término distante
lleva la raza humana;
de culpa antigua, expiacion gigante;
óleo que, en sucesivas redenciones,
la cabeza ungirá de las naciones.

Si alguna vez desmayo,
recibo nuevo aliento á tu sonrisa,
de tus ojos al rayo,
á un solo beso de tu boca, Elisa;
cual mustia planta que bebió el rocío
en las noches serenas del estío.

Ó viéndote colgada
del casto pecho de la madre hermosa,
como en nieve no hollada
encendido clavel ó tierna rosa;
balbuceando palabras de consuelo
que á los niños, no mas, enseña el cielo.

Á veces, con voz lenta,
el abuelo tambien, que tanto amamos,
viejas historias cuenta,
que todos, como niños, escuchamos;
y en ellas la familia el bien aprende,
y sus tareas cada cual suspende.

Patriarca venerable,
la limpia mesa trémulo bendice,
cuando del saludable
frugal sustento la excelencia dice;
y á Dios, con él, que en la oracion nos guia,
le pedimos el pan de cada dia.

Así nuestro camino
hacemos por el valle de dolores
al sepulcro vecino,
donde duermen en paz nuestros mayores:
¡Gran Dios, misericordia en tus enojos!
¡Señor... no apartes de mi hogar tus ojos!

1857.

LA NUEVA LUZ.

¡Bien puedes, vieja Roma,
herir tu seno, desgarrar tu manto,
y á la luna que asoma
llorar con largo llanto
lágrimas de dolor y negro espanto!

¡Ay! la llama que ardia
en tu sublime frente, hase extinguido;
al pié del ara fria,
cayendo sin sentido,
las vírgenes de Vesta se han dormido.

Como ellas la Victoria
sobre mirto y laurel duerme cansada
de fatigar la gloria:
¡cuál su grandeza hollada
hunden tus altos dioses en la nada!

¡Gimió á tus piés la tierra!...
mañana al contemplarte el peregrino,
verá que sólo encierra
la que retó al destino
el gran fantasma del poder latino.

Tú fuiste su verdugo,
y á las naciones clamarás en vano:
vendrá á romper el yugo
que les echó tu mano,
el hacha redentora del germano.

Ya pisa tus fronteras
contra tí prodigiosa muchedumbre,
y al par te arrojan, fieras,

de la eminente cumbre
tu vil degradacion y podredumbre.

¿Oyes?... Sobre la tumba
de tu caduco imperio, con profundo
rumor, flotando zumba
el enjambre fecundo
que en ella viene á fabricar un mundo.

Mundo que alce con noble
sello de redencion la frente esclava;
que sólo á Dios la doble;
el mundo que soñaba
el que de su cadena al són lloraba.

¡Ay de tí! El Norte afila
su lanza, su machete y su framea;
con sangre abreva Atila
su corcel de pelea...
su mirada en la sombra centellea.

¡Mira! el Rhin y el Danubio
paso le abren al bárbaro, obedientes;
tras él brama el diluvio
de pueblos y de gentes
que inundará tus campos florecientes.

Tras él viene la anciana;
tras él la vírgen de la selva oscura,
que tosca rueca y lana
desdeña por la dura
jabalina y la bélica armadura.

Y en recios animales,
y en carros trae la raza vengadora
sus dioses nacionales,
y la mujer que adora,
y el pequeñuelo que en sus brazos llora.

Nueva patria, otro suelo
amigo busca el bárbaro, á quien guia
el misterioso cielo,

miéntras larga y sombría
dura del viejo mundo la agonía.

Lóbrega noche avanza
de las salvajes hordas tras la huella;
mas luego á ver se alcanza
al lejos una estrella,
que dulces rayos sin cesar destella.

Es la luz que ilumina
del Redentor la hospitalaria nave
que entre brumas camina,
y majestuosa y grave
la borrasca deshecha arrostrar sabe.

¡Oh! ya arde el firmamento;
del pasado las sombras huyen vanas;
y dan himnos al viento
las naciones cristianas
con la gigante voz de sus campanas.

1859.

LA LIMOSNA.

Á JUAN DE LA ROSA GONZALEZ.

Ayer, cuando la nieve
en copos silenciosa descendia
á impulso de aire leve,
dejando la guitarra que tañia,
un pobre me tendió la seca mano...
y era el pobre tambien ciego y anciano.

Y un débil niño yerto
vi en su regazo; lívido capullo,
que nunca en el desierto,
de un aura dulce se meció al arrullo;

con lloro acerbo sin cesar regado,
y mustio de la muerte al beso helado.

—«Señor,—con sordas quejas
clamé, la airada vista en las alturas,—
¿será verdad que dejas
sin tu amor á estas flacas criaturas,
tú, que su duelo y su miseria sabes,
que sustentas las flores y las aves?»

El anciano tañendo
segunda vez, las desacordes notas
sobre mi corazon iban cayendo
como trémulas gotas;
y más que sones vagos, eran ellas
suspiros, y sollozos, y querellas.

No sé qué misterioso
espíritu sublime arrancar pudo,
qué genio milagroso,
tierno lenguaje al instrumento rudo,

que allá en su fondo un alma desterrada
parecia gemir desamparada.

Á su triste armonía,
á ese rocío de dolor, sediento
mi corazon se abria,
despertándose al par el sentimiento:
así el agua de Mayo el campo inunda
y los dormidos gérmenes fecunda.

¡Oh sábia Providencia!
Si á un mísero mortal penas le diste,
con pródiga clemencia
á santa compasion otros moviste,
porque el hombre dichoso ame al que llora,
y se cumpla tu ley consoladora.

¡Señor, yo te bendigo!
en caridad, por tí, mi alma se abrasa;
dejando yo al mendigo
de mi menguado bien limosna escasa,

de sus ojos inmóviles, sin vida,
la engrandeció una lágrima caida.

Y con gozoso pecho
proseguí mi camino trïunfante,
altivo, satisfecho;
y hubiérame envidiado en ese instante
la no sabida paz que en mí se encierra,
el monarca más grande de la tierra.

1857.

EL SILENCIO.

El Llobregat corria
con movimiento blando,
á mis piés murmurando;
yo no sé qué decia
desde su oscuro lecho;
sólo sé que su voz sonó en mi pecho
con vaga y melancólica armonía.
Aun el beso fugaz siento del aura
que el ánimo restaura,
y el olor de los pinos solitarios
que coronan los montes,
límite de serenos horizòntes;
oigo el débil quejido

del pájaro nocturno
en las breñas perdido,
y su sordo aleteo,
y el insecto que zumba;
y áun hoy la luna veo,
cual lámpara colgada ante la tumba
que un sér amado encierra,
bañando las profundas soledades
del cielo y de la tierra.
Pero no, este silencio no es la muerte
helada, inmóvil, muda;
la que el alma sin fe sueña y advierte:
desde la dura piedra
que el musgo cubre y la amorosa hiedra,
hasta la peña colosal desnuda;
la quietud de los campos, y la sombra;
el lucero, la nube
(gracioso y casto velo
tras el cual centellea);
el Monserrat, que sube
soberbio escalonándose hasta el cielo,
pilar robusto aquel, y éste corona

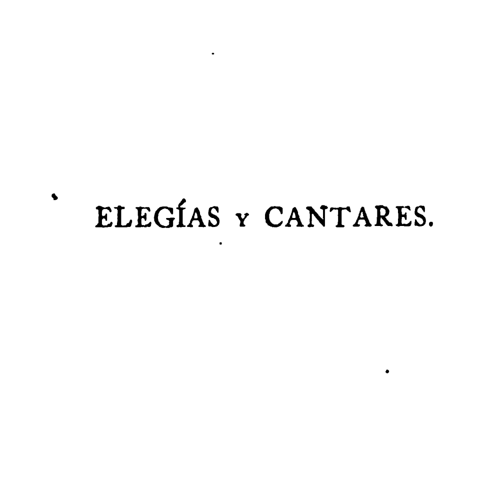
de la santa patrona
que al pueblo catalan tiende su manto,
forman todos el canto
sublime del silencio,
con palabras sin voz, de poder tanto,
que el alma las entiende,
y, embriagado por ellas,
su movimiento el corazon suspende.
  Oh noche! Oh soledad! Oh gran concierto
que oye sólo el espíritu despierto,
y no el torpe sentido!
Á tu conjuro misterioso, vuelve
á ser, y se levanta lo que ha sido;
las dormidas memorias,
los dias y los años,
fantasmas de dolores y de glorias,
de placer, de esperanza y desengaños.
  Aquí el hogar paterno,
templo de la alegría
que iluminaba el sol de mediodía,
ó el rayo de la luna;
y en un rincon la cuna,

ayer tranquila nave
que arrulló la niñez de un inocente,
á quien hoy arrebata la corriente
en los revueltos mares de la vida,
por furiosas tormentas combatida.
Allá la verde alfombra
del valle solitario;
el árbol, fiel amigo
que fruta daba y sombra;
el viejo campanario,
que la oracion cantaba
con acento monótono y profundo,
y el tránsito de un alma á mejor mundo;
ó bien desde la aurora,
las fiestas celebraba
del pueblo, y de la Patria vencedora.
Por aquí bulle inquieta
la alegre romería; y en los huecos
de la colina escueta
y el espacioso llano,
repiten, alejándose, cien ecos
del tamboril los rústicos sonidos

con cantares y danzas confundidos.
Y en faz dulce, halagüeña,
como niño que sueña con las hadas,
ó con su madre y con el cielo sueña,
van pasando, en su féretro acostadas,
reinas de otros festines ¡ay! hermosas,
que vivieron la vida de las rosas;
y pasan allá lejos... allá lejos...
donde la luna apénas da reflejos,
al triste suspirar del bosque umbrío
y el sollozo del rio.
En el aire y el cielo
hay ojos que nos miran,
y bocas que suspiran,
y manos que nos llaman,
y genios invisibles que nos aman;
y de la selva oscura
por la intrincada y lóbrega espesura,
de su paso veloz sin dejar huellas,
fantásticas visiones cruzan bellas,
quizá recuerdos pálidos de amores,
formas, tal vez, de sueños seductores,

de nuestro corazon, tal vez, pedazos,
tendiéndonos los brazos,
y virginal sonrisa
mandándonos en alas de la brisa.
En tanto, por el piélago infinito
de esos mundos que en letras de luz tienen
de Dios el nombre escrito,
su alto vuelo el espíritu desplega;
ansioso de luz llega,
y, abismándose en él, ve mas cercana
la majestad de Dios, y compadece
la pequeñez de la grandeza humana.

1863.



ELEGÍAS y CANTARES.

ELEGÍAS.

VII.

Su mirada tenía
el pálido fulgor de las estrellas,
y pensar nos hacía
en otros séres y regiones bellas
sobre los montes y el azul profundo;
que no era, no, mi Elisa de este mundo.

A la flor del granado
abierta al sol naciente que la toca,
y al clavel encarnado

la púrpura eclipsaba de su boca;
y su voz, de mi pecho en lo profundo,
cual música sonaba de otro mundo.

Con suaves resplandores
el copioso cabello, mansamente,
como lluvia de flores
caia en sueltos rizos de su frente;
hubiera dado mi querer profundo
por un cabello suyo todo un mundo.

Como arbolillo verde
con gracia y pompa á descollar empieza,
si al frio no se pierde,
ella en candor crecia y gentileza,
para prestar á mi dolor profundo
sombra fiel y tranquila en este mundo.

¡Qué noble señorío!
¡Qué majestad en su niñez lozana!
¡Ay, fuiste, cielo mio,

como el primer albor de la mañana,
al que infeliz gemia en lo profundo
de la tiniebla y soledad del mundo!

XIV.

¡Silencio!... ¿Oisteis?...
Suena en su estancia
un rumor, ténue,
cual si dos alas
un invisible
sér desplegára,
á las acordes
voces lejanas,
muy lejanas,
muy lejanas,
más que la luna,
mucho más altas,
nunca oidas,
ni soñadas,

así como ecos
de liras y arpas,
con que otros niños
la llaman de los cielos
en los abismos.

XV.

Ya se la llevan
en mansa nube,
y asciende suave
como un perfume
por esos diáfanos
aires azules,
á la gloriosa
y excelsa cumbre
donde millares
de estrellas lucen.
Va dormidita,
al vaiven dulce

con que la mecen
los dos querubes,
cual ella hermosos,
que la conducen,
tan pura y blanca,
que lo es ménos la nieve
de las montañas.

XVI.

Las campanas repican
tocando á gloria;
los ángeles sonrien,
mis ojos lloran.
Y es que á la gloria eterna
va otro ángel bello,
y el corazon de un padre
por siempre ha muerto.

XVII.

Yo, de honda pena herido,
cerré sus ojos bellos; yo su boca,
de amores casto nido;
y la bendije... y la lloré... ¡Ay! de roca
dura es mi corazon, cuando en el pecho
ya, de tanto sufrir, no se ha deshecho.

Quedó mi dulce Elisa
como ángel que reposa en sueño blando;
inefable sonrisa
iba su rostro virginal bañando,
y su apacible frente inmaculada
vi de luz de los cielos coronada.

Entrambas manos yertas
cruzadas en el pecho las tenía;
teníalas abiertas
sobre una santa imágen de María,

á quien ántes llamó, con fiel memoria,
de su sereno tránsito á la gloria.

¡Oh noble criatura!
¡Oh de belleza y humildad modelo!
¡Oh palomita pura!
Cuando rompiste de la carne el velo,
gimieron mis entrañas, muda al verte,
y por primera vez gimió la muerte.

¡Oh madres, que en los brazos
arrullais, con cantar que al alma llega,
desprendidos pedazos
de vuestro sér, y con ternura ciega!
Decidme ¿habrá en el mundo más rigores?
¿No es el mio el dolor de los dolores?...

XXIII.

El ángel de luz bendito
que era mi vida y mi gloria,

tendiendo las blancas alas
huyó de esta cárcel honda.

¡Ay! por eso, desde entónces,
ven los ojos que le lloran,
más claridad en el cielo,
en esta cárcel más sombra.

XXIV.

—«¡Cómo tardan estos lirios,
cómo tardan en dar flor!»
me decia muchas veces,
al regar los del balcon.

—«Cuando se abran, serán tuyos»,
contestábale mi voz;
y esperando el ángel mio,
esperando se murió.

Vino Mayo ¡ay, no viniera!

y los lirios del balcon
su corola azul abrieron
á los céfiros y al sol.

Y las lágrimas brillaban
que sobre ellos vertí yo,
al dejarlos en la tumba
donde tengo el corazon.

XXV.

Pasaba yo por las calles,
pasaba yo por los campos
con la inocente paloma
que hoy guarda el sepulcro avaro,
como si un mundo llevase;
y el mundo mezquino espacio,
indigno de merecerla,
parecia á mi amor santo.

Pasaba yo por las calles,

pasaba yo por los campos
con espíritu sereno,
si el cuerpo inútil postrado,
y el alma colgada siempre
de sus ojos y sus labios;
y con labios y con ojos
los que una vez la miraron,
clamaban: —«¡Dios la bendiga!
¡Es de belleza un milagro!»

Niños ciegos, niños mudos,
que pedis con los ancianos
en las puertas de los templos
y en caminos solitarios,
no espereis la hermana vuestra,
no tendais la hambrienta mano,
ni mireis á ver si viene...
¡la que aquí tantos amaron,
ya no pasa por las calles,
ya no pasa por los campos!

XXVIII.

Su bella sombra
cayó difunta;
pero su espíritu
las mansas plumas
tiende á mis ojos,
y ante ellos cruza.
A todas horas
oigo la música,
que su garganta
fácil modula.
Ya es en la brisa
con que murmura,
cuando se duerme
la mar profunda;
ya en los suspiros
de la flor púdica,
al casto beso
del aura pura.

La oigo en las rosas,
la oigo en las murtas,
y en el fragante
clavel de púrpura.
La oigo en las tórtolas
cuando se arrullan,
y en las corrientes
cuando susurran;
y en la sonrisa
de la criatura,
que con su madre
juega en la cuna;
y en el que alivia
la desventura
del pobre huérfano
que amparo busca,
y compasivas
frases pronuncia.
La oigo en los templos,
en las augustas
voces del órgano,
que, como lluvia

de primavera
fresca y fecunda,
caen sobre el pueblo
que las escucha.
La oigo ¡ay! muriendo,
en lo que el mundo tiene
más santo y bello.

Noches y noches,
junto á la luna
pasar he visto
la sombra suya,
que se sonrie,
que me saluda,
libre el cabello,
suelta la túnica;
ó cual nevado
copo de espuma,
ya deslizándose
por las lagunas,
ya por el rio

que azul ondula,
y sus piés besan,
y la columpian.
Si voy al çampo
con mis angustias,
sale fantástica
de la espesura
del bosque umbrío,
de la honda gruta,
como relámpago
que el aire surca,
y mi tristeza
fugaz alumbra.
Viene en el íris
que paz anuncia;
viene en el alba,
cuando se oculta
la densa y fria
niebla nocturna.
Y en las lejanas
cumbres confusas,
vaga su imágen

entre la bruma,
cuando el sol baja
lento á su tumba,
y el aura gime
por las llanuras
y las montañas
que la perfuman,
del muerto dia
las notas últimas.
La oigo y la veo
en lo que el mundo tiene
más santo y bello!

XXXVI.

Debajo de mis balcones
parábase el saboyano;
ella, la música oyendo,
danzaba al sonido mágico,
y yo de gozo temblaba
como la hoja en el árbol.

Debajo de mis balcones
hoy se paró el saboyano;
levantar le vi los ojos
una, dos, tres veces, cuatro...
¡y una, dos, tres, cuatro veces
sin esperanza bajarlos!
No mires á mis balcones;
¿por qué miras, saboyano,
si ya no ha de salir ella
á este balcon solitario,
para echarte la limosna
bendecida por su labio...?
No mires á estos balcones,
y si vuelves, saboyano,
la voz del órgano apaga,
y pase, por Dios, callando,
pues yo no sé lo que tiene
¡ay! que no puedo escucharlo.

1861.

CANTARES.

PRELUDIO.

Mi corazon solitario
es un nido de cantares;
en él duermen y en él viven
como en su nido las aves;

cuando el dolor los despierte,
ó cuando el placer los llame,
llenarán de alegres ecos
ó de tristeza los aires.

X.

¡Qué yerba! ¡Qué luz!
¡Qué canto de ruiseñor!...
¡Qué sitio, morena mia,
para merendar los dos!

XVII.

Anda, ve y dile á t
si me desprecia por po
que el mundo da much
que ayer se cayó una

XIX.

Donde jurabas ar
ya pueden, falsa, p
«Aquí mataron á u
y al cielo rogad por é

II.

Tu pálido rostro, niña,
es como noche de luna,
y la mata de tu pelo
de color de noche oscura.

III.

Cuando orillita del rio
tus piés de azucena lavas,
tiembla de amor la corriente,
suspira el viento en las ramas.

VII.

Tus ojos copian el dia:
entornados, amanecе;
¿los abres?... el sol deslumbra;
¿los cierras?... la noche viene.

X.

¡Qué yerba! ¡Qué luz! ¡Qué fuente!
¡Qué canto de ruiseñor!...
¡Qué sitio, morena mia,
para merendar los dos!

XVII.

Anda, ve y dile á tu madre,
si me desprecia por pobre,
que el mundo da muchas vueltas,
que ayer se cayó una torre.

XIX.

Donde jurabas amarme
ya pueden, falsa, poner:
«*Aquí mataron á un hombre;*
»*al cielo rogad por él.*»

XXXVIII

En tu escalera mañana
he de poner un letrero,
con seis palabras que digan:
«*Por aquí se sube al cielo.*»

LI.

En la reja de esta casa
un faro deben poner,
para que nadie se estrelle
en la falsedad de usted.

LXVIII.

En el cielo hay alboroto
porque faltan dos luceros:
¿sabes quién los ha robado,
morenita de ojos negros?

LXXVIII.

El lujo de esa pobre
ya no me extraña;
para vestir el cuerpo
desnuda el alma.

LXXXVIII.

La casa de mi vecino
dos puertas tiene á dos calles;
cuando el hambre entra por una,
por otra la virtud sale.

CXXIV.

De jorobas del cuerpo
todos se burlan;
¿quién habrá que en el alma
no lleve alguna?

CXLVII.

En el árbol de mi vida
las ilusiones cantaron;
tiró el dolor una piedra...
¡ay de mí! todas volaron.

INÉDITO.

De la miel de tus labios
dame una gota,
que estoy malo y me amarga
mucho la boca.

1863, 64 y 65.

IDILIOS HUMORÍSTICOS,

Y

SÁTIRAS.

OTRA EDAD DE ORO.

(IDILIO.)

¡Cuánto cisne canoro,
empuñando rabel ó guitarrillo,
no celebró la edad que llaman de oro,
oro mucho mejor que el amarillo!
Tengo yo, sin embargo, la sospecha
de que esa edad es cuento
de la cruz á la fecha;
invencion peregrina
que vino propagando
tras de la musa griega la latina,

y compitiendo con latina y griega
el *Fénix español*, Lope de Vega,
sin contar que tambien pagó su escote
el que al mundo asombró con el *Quijote*.
Mas, aunque haya existido
y á muchos les dé grima
no haberla conocido,
yo digo: «Nadie gima,
»pues de esa dulce edad, edad-confite,
»la segunda edicion hoy se repite.»
¿Quién me da una bandurria, una vihuela,
y si no, un tamboril?... estoy rabiando
por cantaros al par las dos edades,
en tono así..., entre *requiem* y zarzuela,
un paralelo entre las dos formando;
si bien todo atestigua
que es mejor la moderna que la antigua.
Dicen que antiguamente
desnuda iba la gente,
pues era la inocencia
de vista corta y de feroz conciencia:
hoy, en el mes de Julio, porque suda,

y en Diciembre, tal vez porque tirita,
sale medio desnuda
á lucirse la hermosa Mariquita;
y los tiernos donceles,
que la persiguen fieles
sin que el pudor los venza,
andan tambien desnudos de vergüenza.
En esta mascarada
la Verdad solamente va tapada,
pues ni en el siglo que corriendo vamos,
ni tampoco en los siglos venideros
se vió, ni se verá jamás en cueros:
¿dije en cueros? ¡qué risa!
verla una vez quisïera yo, en camisa.
Allá en la edad primera
fué todo primavera;
no hubo otoño, ni estío;
nadie las uñas se chupó de frio.
En la presente edad, Abril eterno
es el rostro de muchas
ciudadanas machuchas,
que de la vida están en el invierno,

y que acuden, no en balde,
á Santa Flor de arroz, moderna santa,
pidiéndola el milagro que obró en tanta
con San Carmin y el buen San Albayalde.
Otras, damas gentiles,
dándose todo el año
de Vénus con el paño,
conservan siempre frescos sus Abriles;
y la que largas cuenta
navidades cuarenta,
dando hácia atras un brinco,
se planta en veinticinco,
y de allí no la arranca, ni á cachetes,
el cuerpo de civiles y corchetes.
El hombre de pesetas, egoista,
y el cándido optimista
(que en dulce calma y beatitud reposa,
y aunque el mundo reviente,
dice que el mundo va perfectamente),
todo lo encuentran de color de rosa,
color con que, mostrando gusto y celo,
pinta Mayo la tierra y pinta el cielo.

La tierra era de todos:
limpio de sabandijas
el campo entónces, con señales fijas
é irresistibles modos,
que obligáran á un bruto,
brindaba al transeunte rico fruto.
Aquí, un tronco lozano,
doblándose decia: «Chico, toma,
»ó te rompo el testúz con una poma.»
(ADVERTENCIA: la *poma*, en castellano,
es el fruto sabroso del manzano).
Allá, chorros de vino
brotaban de las cepas, ciento á ciento,
á orillas del camino;
y si falto de aliento
llegaba un peregrino,
como era el licor *grátis*,
y, á más, no se estilase decir *sàtis*,
quépale ó no le quepa,
un cuartillo tras otro se bebia
de jarabe de cepa,
sin faltar al decoro;

luégo, á veces, solia
pernoctar entre Pinto y Valdemoro.
Nadie lo ha visto en lápidas, ni bronces,
pero todo repito que era entónces
comun: el campo, el rio,
el monte, la llanura,
la caza, la verdura;
jamás se conoció *tuyo* ni *mio;*
bien que ogaño tampoco,
pues lo tuyo y lo mio, entre consumos,
el subsidio industrial, que es otro coco,
el casero, que gasta buenos humos,
la moza que nos sirve, mal pecado,
y compra en el mercado,
y el perillan que vende
y con ella se entiende,
practican un completo comunismo;
mejor no lo soñaba Fourrier mismo.
Con el lobo la oveja
formaba antaño fraternal pareja;
palomas y milanos
parecian hermanos;

toda garra y colmillo se escondia,
ya fuera diplomacia ó cortesía,
como esconde sus uñas un tunante
bajo la piel hipócrita del guante.
Hoy tambien son ejemplo del consorcio
que débilmente pinto,
diversos animales
en costumbres é instinto;
y áun algunos iguales
en instinto y costumbres,
que pudieran causarse pesadumbres
(y hasta en furiosa lid quedar difuntos),
suelo encontrarlos juntos,
y hacen que aquel proverbio aquí recuerde,
de que un lobo á otro lobo no le muerde.
Entónces en el viento
la flauta pastoril sonó á menudo,
con tal primor, que dudo
que le pueda igualar la de Sarmiento:
en coro acompañaron á las flautas
con voces tiples y con tonos graves
los grillos y las aves

juguetonas é incautas,
y los zagales y mozuelas rubias
sembrando coles, nísperos y alubias.
Ahora suena el cañon, y el clarin suena;
¡todo es sonar! Sollozos y alaridos
suben, suben, y suben á la escena
desde los antros lóbregos, perdidos
de nuestra sociedad en lo más hondo;
infierno terrenal, en donde gimen
miseria y esplendor, virtud y crímen.
Y suenan—otro sí—cuervos y grullas,
y gansos roncos, y parleras ranas,
en figuras humanas,
subiéndose á la cima del Parnaso
donde cantaron Lope y Garcilaso.
Antes en el Parnaso gran cosecha
cogíase de gloria,
y la ambicion quedaba satisfecha,
si no miente la historia.
A muchos les parece
que de entónces acá media un abismo,
pero hoy pasa tres cuartos de lo mismo;

sólo que, á más de gloria, ya los vates
(aludo á los que siembran disparates
y alfalfa para el público inocente)
recogen, aclamados por la gente,
botas, chalecos, guantes, pantalones,
vino, muebles, perdices y jamones,
ya en papel de color, papel-moneda,
ya en la forma y metal de la que rueda:
en tanto el que arrojó sana semilla
ayuna en su buhardilla,
si es que no se mantiene de amarguras;
y el que siembra la luz, se queda á oscuras.
Sin red y sin anzuelos
el mar daba pescado en escabeche;
corrian arroyuelos
de almíbar y de leche.
En nuestro siglo, arroyos
corren de impuro cieno, sangre y llanto,
con tantísimo sapo y trucha tanto,
que, en vez de apellidarlo de las luces
(pues, en verdad, hay muchas),
llamarse debe *siglo de los truchas.*

Postrábase el leon al pié del hombre;
el tigre, el cocodrilo, y la pantera
convertida en cordera,
lamíanle la mano,
sumisos arrastrándose á sus plantas
sin llevar intenciones poco santas.
Postrados ahora veo
el artista y el sabio ante un idiota
que debiera comer paja y bellota,
y á quien la suerte encaramó á la cumbre
de donde el maná llueve,
que aquí todo bribon ó necio bebe.
Miro, asombrado, al escritor lamiendo
los piés de quien el *Cristus* no sabiendo
á sus caprichos lo esclaviza y fallos;
las leyes á los piés de los caballos,
y la fe y el honor, rotas las alas,
por el suelo en mercados y antesalas.
Mil cosas producia
la tierra por sí sola;
á nadie trabajar se le ocurria;
todo el mundo se echaba á la bartola,

pues el que más hacia,
no hacia más, sobre todo en las Españas,
que extasiado mirar las musarañas.
Nada la edad presente
á la primera edad envidia en eso;
el que trabaja, ayuna y pierde el seso;
el que no, come y vive alegremente;
en fin, algunos sirven al Estado,
que es un modo de estar desocupado.
No se usaban ladrones
en caminos, en mar, ni en poblaciones,
limpios de ellos mejor que con escoba:
tampoco ahora se roba;
ahora *se hacen negocios*,
para ocupar los ocios;
ó usando otro lenguaje más ameno,
se administra lo ajeno.
¡Dichosa edad aquella,
en que el hombre vivia
con su media naranja, horrible ó bella,
ya so el techo de gruta honda y sombría,
ya vagando por valles y montañas

de temple tibio y de verdor eterno,
sin chozas ni cabañas,
ni leyes, ni gobierno!
¡Gobierno!... ¿para qué? ¿Para qué leyes,
si eran los hombres mansos como bueyes,
y áun de ellos el de cólera más fina
incapaz de hacer daño á una gallina?...
¡Pero envidiable edad, edad dichosa,
la edad en que vivimos
los que con gran placer de ella escribimos!
¡Feliz ¡oh tú! mil veces, sobre todo,
descendiente del árabe y del godo,
español envidiado,
á vivir sin gobierno acostumbrado,
sin que por esto pierdas el consuelo
de engordar y engordar como tu abuelo!
¡Feliz, oh tú...! Mas ya mi canto cesa,
canto que no me atrevo á llamar oda;
y supuesto que es moda
que seguir me interesa,
me despido por hoy á la francesa.

1864.

GANGAS DE LA ÉPOCA.

(IDILIO.)

El bueno de Mariano,
sencillo provinciano,
jóven, rico y juicioso, al par que apuesto,
de una ciudad del norte
vino en cierta ocasion á ver la córte;
y como nada aquí que hacer tenía,
andaba de jolgorio noche y dia.
Una hermosa mañana
se dirigió á la Fuente Castellana,
en hora en que no acude á la tal Fuente
bicho ni alma viviente,
excepto algun cesante alicaïdo

de barba sucia y rústica melena;
mas los cesantes son almas en pena.
Cambióse la mañana (era de Enero);
y de sus cumbres Guadarrama aleve,
ya que no lluvia ó nieve,
con su soplo sutil, crudo y certero
que endurece los barros,
mandaba pulmonías y catarros
que en apurados trances
ponen al que lo reta por capricho:
consecuencia: el paseo susodicho,
la verdad, ofrecia pocos lances.
El mismo pensamiento
debió ocurrir á nuestro amigo, cuando
sobre los piés girando
tornó la cara al sol, la espalda al viento,
y encaminóse hácia Madrid silbando.
Mas héte que á la vuelta,
con un placer que se asemeja al susto,
una muchacha vió de ojos de cielo,
rubia, gallarda, esbelta,
en fin, cosa de gusto,

barriendo el santo suelo
con profusion de seda y terciopelo;
y al verla, sin saber si es ó no fátua,
de admiracion quedóse hecho una estátua.
  Murillo, Rafael, insigne Apéles,
Canova, Miguel Angel, Praxitéles,
vuestros cuadros y mármoles divinos
no valen tres cominos;
para Mariano sois unos peleles.
  Vénus encantadora
saliendo de la espuma en mar tranquilo
que la levanta en vilo;
Diana, la cazadora,
cruzando de los bosques la maleza,
digna rival de Vénus en belleza;
las hadas de los cuentos orientales,
y la primera y la última heroína
de las novelas todas que, á quintales,
suda la imprenta en la nacion vecina,
comparadas con ella en hermosura
damas le parecian de estropajo,
y áun alguna un demonio, un espantajo.

De cien mil perfecciones
su entusiasmo la dota,
y discurre, y agota,
y vuelve á imaginar comparaciones;
pero es aquella un tipo sin segundo,
y nada hay en el mundo
que le llegue siquiera á los talones.
—«Cuando cante, si canta,
ó cuando hable (le dice su deseo),
su voz será un gorjeo,
una orquesta divina su garganta:
si danza, danzará como una pluma
que agita el aire blando,
será una flor danzando,
será... ella misma, en suma.
Y en su trato ¡qué afable y cariñosa!
Pura desde la pila del bautismo,
no tendrá su alma un átomo de prosa,
ni un átomo de vil positivismo.»
La acalorada mente
un porvenir prométele risueño;
contémplase ya dueño

de la preciosa jóven inocente,
á cuyos piés rendia el alma esclava,
y que sus dulces sueños realizaba.
Y tanto adelantó su fantasía,
que ya creyendo, á poco,
arrebatarla un beso, de amor loco,
el bendito de Dios se relamia.
Y más y más castillos
la propia mente fabricando, padre
(cuádrele ó no le cuadre)
lo hacia de una turba de chiquillos;
y ya con éste juega á la pelota,
y echa á rodar el aro;
con aquel va á la escuela;
uno, le enseña la camisa rota;
otro, á llorar á gritos se las pela:
estos cuadros futuros
le proporcionan goces prematuros;
y como cada vez más se distrae,
la baba, sin sentirlo, se le cae.
Siguióla, pues, la pista,
y discurriendo idilio sobre idilio,

y planes sobre planes de conquista,
Mariano averiguó su domicilio;
y averiguó que se llamaba Rosa
la blanca aparicion apetitosa;
que su señor papá (que en paz descanse)
fué un hombre muy decente
(¡como que fué intendente!),
y su mamá, aquel Argos
que vió de tiros largos
acompañando á la gentil doncella,
cuyo recuerdo fiel le hace cosquillas,
es persona de muchas campanillas.
Entró en la casa luégo,
y aunque al principio torpe, cual maruso,
pues Amor le tenía tonto y ciego,
sitio á la chica puso,
y su tren de batir arrojó fuego;
pero Rosa, á rendirse no dispuesta,
dábale la callada por respuesta;
hasta que al fin los bravos campeones
contrajeron estrechas relaciones.
Algo despues, no mucho, de este prólogo,

para sí recitaba el pobre chico
el siguiente monólogo:
—«¡Soy un alma de Dios; soy un borrico!
Yo, que la hubiera puesto
debajo de un fanal, ó con dos velas
en camarin honesto,
ó encima de un altar, como una cosa
adorable, sagrada y misteriosa,
ya la ódio, la detesto;
ya rompo mis fantásticos fanales...
¡allí no hay más que instintos animales!
»¡Señor! ¿Si habré tenido
una venda en los ojos
y un copo de algodon en cada oido,
para no ver ni oir lo que hoy produce
mis querellas y enojos?
»Nidos pensé que habria en su garganta
de ruiseñores dulces y parleros,
mas no hay tales carneros:
al hablar, no grajea,
no confites su voz, ni yemas vierte;
parece que apedrea;

cuando ayer, sin pasion, la escuché en calma,
se me cayó á los piés, de pena, el alma.
»Viendo que muchos tontos con cien *bravos*
acogen sus horribles *galli-pavos*
en *soirées*, ó nocturnas reuniones,
canta sin fin, de vanidad convulsa;
y si á las teclas llega, no las pulsa,
les da de bofetones;
como si les jurase eterna saña,
furiosa las araña.
Un periódico luégo,
con descaro inaudito,
dice que todo estuvo muy bonito,
que Rosita cantó... como ella sola,
y de uno en otro, así, rueda la bola.
»Que sepa una muchacha turco y griego
no es crímen, y áun es cosa muy laudable;
pero que, á todas horas, hable y hable
(miéntras á olvido el español relega)
en extranjero idioma
hasta á la torpe fámula manchega,
que se queda en ayunas,

merece de la sátira el azote,
sin que el sexo le sirva de reparo:
yo á quien tal haga ó piense la declaro
tonta de capirote.

»Rosa aprendió francés, y la enamora
á tal punto, que piensa, y come, y viste
en francés; y en francés ¡que es lo más triste!
al pié de los altares á Dios ora:
la niña se figura de mal tono
hasta su excelso trono
subir en alas de oracion sencilla,
compuesta en el idioma de Castilla,
el cual, segun mi abuelo,
es el único que hablan en el cielo.

»Como de artista y genio se las echa,
con la solfa el pincel temible turna,
y lienzos embadurna,
quedando siempre alegre y satisfecha.
Aquí pega un brochazo,
allá un chafarrinazo;
ya traza un edificio
que aflige al que lo entiende;

ya de entusiasmo llena y de coraje,
intrépida la emprende
despues con el paisaje;
y de naturaleza
ultraja de tal modo la belleza,
que, en vez de convidar á disfrutarla
aquel conjunto frio, insulso, muerto,
da ganas de vivir en un desierto.
»Si á cualquiera retrata,
no se anda con escrúpulos de monja,
la verdad acuchilla, insulta y mata;
pero siempre en acecho, la lisonja,
original y copia comparando:
«¡El es! grita asombrada, ¡si está hablando!»
»¡Oh! si hablára, y tan bello su lenguaje
fuera como el retrato de agua-chirle,
habria que marcharse por no oirle.
»Porque su educacion Rosa complete
la mamá se desvela;
quiere que manejar sepa el florete;
ya tira la pistola,
y monta *á la alta escuela;*

y, cual buena española,
todas las noches al Real concurre,
y se entusiasma con placer extraño;
y *dos veces al año*
en el desierto *Príncipe* se aburre;
y no falta á los toros,
ni (aunque tenga ya tísico el peculio),
nuestras bellas montañas
con elegancia desdeñando, en Julio
á naciones extrañas
deja de dar, por nada, un mal vistazo,
para venir, despues de quince dias,
á decir de nosotros perrerías,
con aquella lindeza
de que *El Africa empieza*...
»Mi corazon de niño
buscaba un corazon tierno y sensible,
tesoro de virtud y de cariño,
buscaba un ideal, un imposible;
mas tambien, lo confieso,
no habiéndolo encontrado,
se hubiese contentado

con cualquiera mujer de carne y hueso,
aplicada, hacendosa,
fiel, sencilla y casera,
para emprender la conyugal carrera;
¡pero si la tal Rosa
(que sólo el viento del orgullo mece)
ni siente, ni padece!
¡Cuánta, en este bendito
Madrid, con sólo su aire y su palmito,
colgándose un guiñapo
es capaz de pegársela al más guapo!
»Antes de conocerla
á fondo, como ahora,
llamábala yo perla
de Oriente encantadora,
vírgen de ojos azules,
lucero de mis noches;
y ella siempre de cintas y de tules,
de yeguas y de coches,
de trajes, aderezos y modistas,
de *bufets* suculentos
me hablaba, y de las fáciles conquistas

que tales elementos
proporcionan á muchas,
que serán, de seguro, buenas truchas.
»Mi elocuencia amorosa
á lo mejor cortaba (distraida,
quizá, mi linda Rosa)
con sus eternos *treses*,
flotante, *diferida*,
dividendos, *acciones*,
láminas, *intereses*,
cotizacion, *cupones*,
y otras palabras cien y locuciones
de la bursátil jerigonza oscura,
que hoy toda criatura
(no afirmaré que ladre)
habla ya desde el vientre de su madre.
»La suya, con sentencias y consejos,
clarísimos espejos
de la codicia vil, del ánsia de oro
que la devora y la consume, borra
en su único tesoro,
en la hija que salió de sus entrañas,

toda noble pasion é impulso noble,
y en duro mármol la convierte, ó roble.
»¿Qué candorosa chica
al cabo no claudica,
oyendo repetir eternamente
la coleccion de máximas siguiente?
—«*Hombre sin cuartos, y mujer sin galas,*
son pájaros sin alas.
—*Más sustancia dan cuatro cañamones,*
que veinte mil quinientas ilusiones.
—*Aténgome á la prueba,*
que el viento plumas y palabras lleva.
—*El que tiene dineros,*
como dice el refran, *pinta panderos.*
—*Aquel que no trae soga,*
de sed, otro refran, diz que *se ahoga.*
—*El amor pasa pronto,*
más dura un rigodon, un wals, un tango;
el mundo es un fandango,
quien no lo baila, un tonto.
—*Se acaban los amores,*
y quedan los dolores.

—En casa rica ó llena
pronto se hace la cena;
en la que no hay harina,
anda todo al revés, todo es mohina.
—¿Quién dice que los hombres son iguales?
mentira; tanto tienes, tanto vales.»—

»Con esta educacion, que yo abomino,
pues en plazos más cortos ó más largos
frutos produce insípidos y amargos,
la mamá, palomino
atontado, cabeza sin aplomo,
entendimiento romo,
pero que tiene y guarda
su gramática parda,
que le sirve de norte y de gobierno
para cazar un yerno
buen mozo, de riqueza y casa grandes,
se piensa que una pica ha puesto en Flándes.
Y como es tan lechuza,
no saliéndole un novio á la doncella
como se pinta en sus ensueños ella,
capaz es de entregarla al moro Muza,

si es hombre (de años verdes ó maduros)
que no se deje ahorcar por cien mil duros.
¡Pobre del que se clave en el anzuelo
y tenga que cargar con el mochuelo,
creyéndolo una pesca de importancia!
Lo que es yo, no le arriendo la ganancia.
»Ya conociendo la mamá-culebra
la frialdad con que mi amor se exhibe,
mis visitas, como ántes, no celebra,
y me ha echado tres veces el *quién vive*,
con su voz exclamando de chorlito:
—¿Viene usted con buen fin, caballerito?...
—¡Señora... usted me ofende...!
—Perdone usted, Mariano...
—¡Qué prisa!
—No es en vano!
Usted sabe muy bien que la pretende
el marqués del Jilguero...
—Un venerable anciano...
—Es hombre que venero,
y para mí, sin duda, venerable:
por lo demas, su edad es aceptable,

áun lo hallo fresco...
—Sí, con la frescura
del que está con el pié en la sepultura.
—Pues yo, fuera de várias cicatrices,
efectos de guerreros rifi-rafes;
de que es un poco sordo;
de que tiene comidas las narices,
y, en fin, de que pudiera estar más gordo...
—¡Señora, si está lleno de alifafes!
—Bien... ¿y qué?... Yo esas cosas equilibro
con su cuna y sus prendas; ¡oh, es gran hombre!
¡Con decir que su nombre
figura dignamente en el Gran Libro,
y que tiene en el Banco de Inglaterra
al pié de dos millones!...
¡Mariano, ya usted ve, todos los dias
no salen tan bonitas proporciones!
—Señora, hablando en plata,
eso es lo mismo que decir que estorbo.
—No, señor, pero tanto se dilata
la explicacion de usted, de sus proyectos...
—¡Por el cólera-morbo!

Mi honra, mi...
—No se apure,
tranquilícese usted, su honra no mancho,
y sentiré en el alma se figure
que pretendo, con maña, echarle el gancho.
Pero como soy madre, le repito:
¿Viene usted con buen fin, caballerito?
—Sí (la voy á decir; ya estoy quemado);
vengo con fin honrado;
la muchacha me gusta
como al raton el queso,
y con ella contraigo matrimonio,
aunque rabie el demonio...
cuando ella tenga corazon y seso.»

Aquí de su monólogo llegaba
Mariano, cuando el sueño lentamente,
posándose en su frente,
los párpados, ya flojos, le entornaba.
Y yo, lector prudente,
para que más paciencia,

sufriéndome, y más tiempo no derroches,
voyme á dormir tambien con tu licencia,
pues al remate de mi historia toco:
¡vaya, adios, buenas noches,
salud, y divertirse, y gastar poco!

¡Ah! sabe que la madre de Rosita,
con red oculta y con reclamo artero
cazó al pobre Jilguero,
cuya sangre infeliz ya tiene frita;
que él á la jóven desposada abruma
con su amor trasnochado, que la apesta
más que sus toses, flatos y reúma;
y, en fin, que, cual vampiros ó alimañas,
hija y madre le chupan las entrañas
con ligereza suma:
¡pronto el Jilguero quedará sin pluma!

1863.

SÁTIRA

EN VINDICACION DE LA POESÍA.

Á CÁRLOS RUBIO.

Cárlos, no cantes más; la lira estrella;
dásela, si la quiere, á tu vecina,
ó quémala y no quede rastro de ella.
Mira que vas labrando tu ruina;
que hambriento, y mústio, y descosido, y flaco
vivirás, si no buscas otra mina.
Dirásme que de versos yo me atraco:
es verdad, son iguales nuestros gustos,
y ¡ay! de ellos, como tú, miseria saco.
¡Si en recompensa, al fin, cuando los sustos
nos maten, y el dolor del mal postrero,
volásemos al cielo con los justos!...

Fuerza ya es ir por el comun sendero,
seguir la humanidad, aunque á la cola,
marchar por donde marcha el hormiguero.
Es locura intentar que nuestra bola
ruede torpe, al revés de como quiso
el que encendió la luz que la arrebola.
¡Vida nueva! con tiempo te lo aviso;
escapa de tu angosta ratonera,
que tal vez te figuras paraíso
cuando tu númen arde y reverbera,
y un mundo bello á su contacto brota,
y no te acuerdas ni de tí siquiera.
Que al mundo terrenal, llámenlo idiota
ó sabio Salomon, ya no le hechiza
del Parnaso la voz, ni le alborota.
Del vil mercado en la revuelta liza
todo papel es bueno... solamente
la Poesía apénas se cotiza.
Enmordázate y sigue la corriente:
coge á Terencio, Sófocles y Plauto,
con Fray Luis y Quevedo juntamente,
y, presa de las llamas, en un auto

chamusca al par á Calderon y Larra;
ninguno dejes compasivo ó cauto.
Pese al que en verso eternizó á Mudarra,
ya el romance mejor son las pesetas
y la mejor cancion suena á chicharra.
Destronados monarcas los poetas,
si pretenden vivir del consonante,
en octavas, quintillas y cuartetas
y en estilo metálico-sonante,
aceite y lomo anuncien y tocino,
ó de Vich el artículo picante.
¡Qüé será ver con metro alejandrino
cazar, como si fuera con reclamo,
al mozo más prosáico y ladino!
¡Qué será ver (su probidad no infamo)
la gallega cerril, siempre sisona,
acudir al anuncio como un gamo!
¡Ay, Cárlos, qué ilusion!... Ni esta corona
ceñirás. La falange culinaria,
arisca, chocarrera, motilona,
preferirá la copla estrafalaria
que gruñe el ciego al corro en la plazuela,

á tu pulida *gerigonza* vária.
Que el cecéo de asmática vihuela,
ágria, sucia, discorde y cascajosa,
boquiabre al vulgo y de placer le alela.
Ya á los bardos en noche borrascosa
no se abren los palacios de los ricos,
ni los recibe castellana hermosa.
Llamarán á una puerta, y... ¡pobres chicos
si no son inquilinos! el cerbero
les pega con la puerta en los hocicos.
¡Oh de mis infortunios compañero!
Ya todo lo que huele á poesía
carga con el desden del orbe entero.
Por eso la *Verdad*, desnuda y fria,
en desiertas regiones sufre y llora,
con la *Fe*, y el *Honor* que á entrambas guia.
¡La *Verdad!* ¡El *Honor!* ¡La *Fe!* ¡Sonora
trinidad de los bobos! ¡Pleonasmo,
verruga de esta edad reformadora!
¡Baja, ven! No te expongas al sarcasmo
y risa general; no quieren versos,
y quieren suprimir el entusiasmo.

Dáselos limpios, fáciles y tersos,
rotundos, sustanciosos, elegantes...
¡de seguro dirán que son perversos!
Dáselos cojos, mancos, rimbombantes,
de viento atiborrados ó de paja...
¡quizá se los engullan los bergantes!
Cárlos, la Poesía está de baja,
y ántes que espire, con piedad sangrienta
la Prosa le pespunta la mortaja;
como á la Prosa, que hoy la palma ostenta,
la Aritmética luégo, de su vida
le rasperá minutos en la cuenta.
No lo dudes, amigo, la florida
no profanada cumbre del Parnaso,
de extraños *genios* hoy se ve invadida.
Ya nadie de las Musas hace caso,
que tímidas, inquietas, vergonzosas,
huyen de su mansion más que de paso.
La sien ceñida de laurel y rosas,
suben, entre el aplauso de la gente,
bandidos, meretrices ojerosas,
y turba de chalanes, insolente,

que ayer escupió el cieno corrompido,
y hoy con brutal desden irgue la frente.
En lupanar el templo convertido,
y en fácil plaza al tráfico del crímen,
llaman virtud á lo que vicio ha sido.
El sacro monte con el peso oprimen
de opulentas carrozas, los que en agios,
no ya la bolsa, el alma al pobre exprimen.
Y sube el que del pueblo los sufragios
mendiga, prometiéndole ventura,
y luégo lo abandona en sus naufragios.
Y suben más y más, canalla impura
que al sabio aflige, al ignorante aprecia;
que, amasando del vicio la basura,
quizá en su insensatez, malvada ó necia,
altares levantára á Mesalina
sobre el cadáver santo de Lucrecia.
Esos los *genios* son que el vulgo empina
para que el árbol roben de la gloria;
trocóse en eso la mansion divina...
Pero dejemos, Cárlos, á la Historia
la gravedad con que la nuestra escribo,

y de tanto perdido la victoria.
  Confiesa que no somos de recibo;
que comprendemos mal lo que reclama
de nosotros el siglo positivo.
  Otra literatura ya derrama
por chozas y palacios luz febea,
que así al gañan como al magnate inflama.
  Cada cual aplicado á su tarea,
de la doble partida no ignorante,
con fruto el tiempo y la razon emplea.
  Oye, y no olvides, el final brillante
de cierta satirilla de un tendero
A lo que ha de valer en adelante
  El arte dulce del divino Homero:
—«Una y una son dos, y tres son cinco,
más cuatro nueve, ménos nueve... cero.»—
  ¡Áun quieres poetizar! mira, de un brinco
deja el chiribitil, y otra carrera
más lucrativa emprende con ahinco.
  De algebraicos signos tu mollera
adoquina, y de números, pobrete...
¡ésa es la poesía verdadera!

Y será un zoquetísimo zoquete,
pelo de tonto, pero no de pillo,
quien con ella no brille y se encopete.
—Y el corazon?—Pregunta de chiquillo.
—¿Y el sentimiento? —¡ Mísero ! ¿no sabes
que el corazon se trasladó al bolsillo?
¿Jamás las pullas é indirectas süaves
de las mujeres, por ventura, oiste,
ni la rechifla de los hombres graves?
¿Nunca soltaron á tu paso un chiste,
el político serio y la coqueta?
—Hace versos!—Ay de él! Comerá alpiste!
—Es un vago!...—Ha perdido la chabeta.
—Vecino, ¿ha visto usted qué buen destino
dan á ese mequetrefe de poeta?
—Coplero!... sí, señor; estoy que trino!
¡Aquí, con hacer cuatro seguidillas,
cualquiera es archipámpano, vecino!—
No han visto, Cárlos, no, tus pantorrillas;
olvidan que por uno que no ayuna,
en su estómago, cien, sienten cosquillas.
Creen que los versos llueven de la luna;

que con tinta y papel, y una de ganso,
labra cualquier poeta su fortuna;
que cuando ellos se entregan al descanso
no hay quien vela y maldice su ronquido,
casi como huracan tranquilo y manso;
que todo lo tenemos aprendido
con saber lo que llaman sinalefa
y otras ridiculeces sin sentido.
Si es ignorancia, candídez ó befa
la vulgar opinion, no lo aseguro...
¡Mas calla! ¿Cómo aquí, doña Josefa,
tan sola y á estas horas?—¡Ay, qué apuro!
¡Válgame Dios!—Açabe usted, señora.
—Voy corriendo á buscar á don Arturo.
—Al médico?... ¿Qué fiebre asoladora...
—Que le ha cogido un síncope á la chica,
oyendo en el teatro á Teodora.
¡Aquello es trabajar! ¡Cómo se explica!
—¿Y la funcion? —¡Magnífica! arrebata:
¡cuando llora mi Juan como un marica!»
¿Oyes? Tambien en llanto se desata
su Juan, mozo lascivo, desmirriado,

incrédulo y blasfemo, flor y nata
 de lo más despreciable y más menguado
que de la córte el cenagal fecundo
alimenta en su fondo envenenado.
 —¡Vive Dios, que mi canto en algo fundo!
—¡Sí, vive Dios! El lloro de ese bicho
es... un laurel que el genio arranca al mundo.
 Cuando Juan, con el alma que te he dicho,
noble tributo al sentimiento paga,
y le retira el bárbaro entredicho,
 es porque un eco misterioso vaga
de todo corazon en el santuario,
que el vicio, aunque lo intente, nunca apaga.
 ¡Cárlos! Habrá Pasion, jamás Calvario
para la dulce y santa Poesía;
siempre el hombre será su tributario.
 Cisne de amor, el cielo nos la envia;
cuando ni un corazon lata en el suelo,
al patrio nido remontando el vuelo,
gemirá su postrera melodía.

1857.

FIN.

INDICE.

OBRAS DEL AUTOR.

ELEGÍAS, 1 vol., edicion elegante, con un precioso retrato.	8	Rs.
ARMONÍAS Y CANTARES, 1 vol., edicion igual á la de *Inspiraciones*.	8	Id.
PROVERBIOS EJEMPLARES, cuadros y novelas de costumbres, 2 vol.	20	Id.
EL MUNDO AL REVÉS, edicion ilustrada con abundancia de grabados, 2 grandes vol.	36	Id.

